

La cuadratura del círculo

Santos Juliá, El País, 13 de enero de 2002

TAL VEZ SÓLO SEA un lapsus, pero lo cierto es que Ramón Jáuregui da en el clavo cuando en recientes declaraciones define como una cuadratura del círculo su apuesta de futuro para el Partido Socialista de Euskadi. “Cuadratura del círculo” sirve, según el *Diccionario del Español Actual*, como término de comparación para ponderar lo irrealizable de una pretensión, de modo que, hablando con idéntica propiedad, la apuesta de Jáuregui sería para el PSE un callejón sin salida.

Cuadratura o callejón, ¿de qué apuesta se trata? Pues nada menos que de recorrer solos el camino de la oposición con objeto de recuperar la libertad para pactar con todos. A tan brillante propuesta estratégica llegaba Jáuregui después de proceder a una lectura abiertamente distorsionada del pasado: presentar como seguidismo la política elaborada y desarrollada por su propio partido. No hay más que revisar la cronología de los dos o tres últimos años para corroborar que fue el PSE quien, por propia iniciativa, rompió la alianza subalterna que le tuvo amarrado al PNV durante años; fue el PSE quien, ante la evidente reticencia del PP, propuso la firma de un pacto por la libertad y contra el terrorismo, y fue el PSE el que exigió antes y con más énfasis la convocatoria de elecciones anticipadas.

En todas esas iniciativas, el PSE buscó y consiguió el apoyo del PP por la muy obvia razón de que sólo en ellas radicaba la posibilidad de desalojar al PNV del Gobierno; un PNV -no se olvide- que en su pacto con ETA había declarado al PSE enemigo de la patria vasca. Esa posibilidad se cegó no porque el PSE no fuera autónomo o porque hubiera desdibujado su personalidad revolcándose en la charca del seguidismo, sino por el corrimiento masivo de votos de Batasuna al PNV. Si ese corrimiento, por nadie previsto, no hubiera alcanzado tan inesperada magnitud, los firmantes del pacto antiterrorista habrían obtenido algún escaño más que PNV-EA; no, desde luego, la mayoría, pero sí los suficientes para no sentir como inapelable derrota la frustración de la anunciada alternativa.

El trasvase de votos de Batasuna al PNV es el elemento nuevo de la política vasca, el que ha permitido gobernar al PNV y el que plantea nuevas exigencias a socialistas y populares. Para hacerles frente no es preciso representar el pasado como obediencia a dictados de Moncloa ejecutados por sus ministros; no hace falta escupir sobre la reciente historia ni tirar piedras sobre el propio tejado. Si, a pesar de todo, tal es la actitud de Jáuregui, será porque su apuesta de futuro como partido llamado a distanciarse por igual de PP y PNV se dobla con la concreta exigencia de cambio de tripulación para guiar la carrera por la nueva calle de una quimérica centralidad. El presidente de la gestora interpreta el pasado de tal manera que, además de servirle para proponer al PSE una posición equidistante de PP y PNV, cierra a Redondo la puerta para regresar a la secretaría general de los socialistas vascos.

Muy bien, ya tenemos al PSE sin Redondo y nadando por la calle de la centralidad. Y luego, ¿qué? Para que el PSE pueda llegar a buen puerto en su nueva navegación será precisa una condición que no depende de él: que el PNV le alquile un espacio en que atracar y le tienda una buena maroma a la que agarrarse. Pero, bien miradas las cosas, ¿por qué demonios habría de interesar al PNV ofrecer una oportunidad al PSE después de haber atado a Izquierda Unida a la pata de la mesa de su banquete y haber comprobado que Batasuna siempre andará por ahí, merodeando por ver si saca alguna tajada, sacándole a su vez del fuego las castañas del presupuesto?

Habrá, sin duda, en la política del PSE asuntos que reconsiderar tras las elecciones; pero si toda la estrategia anunciada por Jáuregui se reduce a un canto nostálgico por el tiempo soñado de las piscinas tranquilas, cuando las calles parecían estar delimitadas por sólidas líneas, es posible que el PSE gane autonomía... a costa de abrir un boquete en su línea de flotación. No hay piscinas en Euskadi, sino aguas turbulentas que bajan desde hace décadas ensangrentadas. Leer falsamente el pasado con objeto de cargarse a Nicolás Redondo y poner en su lugar una política de centralidad cuando el PNV arrecia en su ofensiva contra el Estatuto y la Constitución puede ser, en efecto, la cuadratura del círculo: Jáuregui no habría cometido un lapsus, sino definido muy exactamente una política, la suya.

Sentido de la realidad

SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 10 FEB 2002

PUEDEN SER todo lo mediocres que se quiera y puede su líder llevarse la palma de la mediocridad -como se repite hoy en tertulias y mítines socialistas-, pero el caso es que les ganaron las elecciones dos veces consecutivas, la segunda por mayoría absoluta, y hoy estarían en condiciones de barrerles si, por desventura para ellos, se adelantara la convocatoria. Pueden haberse ido hace un par de semanas de vacaciones a celebrar su congreso y haber vuelto tan satisfechos como distanciados de los problemas de los ciudadanos, como se afirma en la insólita resolución política del último comité federal del PSOE, pero el caso es que la mayoría de esos ciudadanos piensa que los socialistas no lo harían mejor que el PP en ninguna -ninguna- de las políticas posibles (Belén Barreiro, Instituto Juan March, WP 2001/171). Pueden ser ineficaces, insolidarios, intolerantes, culpables del incremento de la criminalidad y de la inseguridad ambiental, arrogantes y corruptos, pero sacan más de cinco puntos a quienes de ellos tienen y pregonan tan impresentable imagen.

Algo ocurre entonces, algo que puede ser fatal para las perspectivas de futuro del PSOE: su juicio sobre el Gobierno y el partido que lo sustenta va en contra de lo que piensa la mayoría de la gente. Esta distancia remite a una percepción de la realidad que acabará por producir entre los destinatarios de sus mensajes un encogimiento de hombros: te oigo como quien oye llover. Pues la reiteración de juicios como que el Gobierno se ha revelado en los últimos tiempos ineficaz en la gestión, insolidario en sus políticas, intolerante en sus formas, muestra cierta incapacidad para formular críticas concretas de políticas concretas sobre las que pudieran aportarse soluciones concretas. ¿Sabe alguien qué van a hacer los socialistas con los impuestos, con los inmigrantes, con la representación política en las Cajas de Ahorro, con los municipios y las naciones, con el poder judicial, con el agua?

Hasta ahora, lo que sabíamos sobre éstas y otras cuestiones era que la política del PSOE consistía en proponer pactos de Estado, o sea, que defendía políticas similares a las del PP, o las buscaba. Y como la pertinencia de tanto pacto de Estado se ha diluido, tras obtener en ocasiones resultados tan

brillantes como la vergonzosa conducta del Consejo General del Poder Judicial, cuyas votaciones se pueden predecir por adelantado, parece que los socialistas no tuvieran nada más que añadir excepto poner verdes a sus adversarios como si la crítica política consistiera en dar énfasis a frases vacías: acusar, por ejemplo, al PP de ensañarse con la familia con el falaz argumento de que las parejas españolas no tienen hijos porque no les llega el sueldo a fin de mes.

Que esto sea así sólo puede llevar a una conclusión: retóricas aparte, las políticas que desarrolla el PP son, más o menos, las que desarrollaría el PSOE si las tornas se volviesen y el PSOE fuera poder y el PP oposición. El problema hoy es que la izquierda no parece estar en condiciones de formular, con rigor y claridad, políticas alternativas sobre cuestiones de interés general. De eso no ha tenido la culpa la caída del muro de Berlín; de eso, lo que ha tenido la culpa es que la derecha se ha desplazado de lugar y ha ocupado sin resistencia el espacio que el PSOE, a comienzos de los años ochenta, le arrebató a UCD. Y como el PP domina hoy hacia su izquierda el espacio que el PSOE controlaba antaño hacia su derecha, los socialistas no tienen nada mejor que hacer que mostrar lo muy irritados que se sienten por el latrocinio de que han sido víctimas, ya sea en lo relativo al pacto municipal, ya a la fatigante monserga del patriotismo constitucional.

La cuestión es que ese espacio no se recupera porque se anuncie en negritas el benéfico propósito de emprender políticas más solidarias y humanas, gestión más eficaz, formas más tolerantes. Todo eso es bla, bla, bla para ciudadanos descreídos, como son en general los que pululan por el centro de la plaza pública, esa mayoría que los socialistas perciben hoy distanciada del PP. A éstos lo que les importa es que el partido por el que van a votar formule unas políticas claras sobre cinco o seis -tal vez uno más en España por aquello del encaje de los nacionalismos- asuntos y disponga de una organización suficientemente sólida para llevarlas a la práctica. Y en una cosa como en otra, la situación no parece haber cambiado nada desde el año 2000 a esta parte.

Euforia socialista

Santos Juliá, El País, 27/10/2002

A LOS VEINTE AÑOS de su esperanzador triunfo y cuando se aproximan los ocho de su desmoralizante derrota, los socialistas vuelven a sentirse eufóricos. Han dejado la celebración del histórico cambio a los mayores, que, además de recordar sus abundantes logros, han encontrado un filón en mirar más atrás, a los años de la dictadura y del exilio, mientras ellos se dedican a pergeñar el futuro. No está el actual equipo dirigente para mucha conmemoración: el pasado no les inquieta; sólo les motiva el porvenir.

El pasado: todavía no contamos con ninguna explicación coherente, elaborada por los propios protagonistas, de lo mucho ocurrido en España en ese capítulo que comienza a incluirse en los libros de historia bajo la denominación de la era socialista. Las memorias y conversaciones de algunos dirigentes son decepcionantes: de casi todo lo que cuentan estábamos ya al cabo de la calle; lo que importa es, claro está, lo que no cuentan.

Pero fue eso precisamente, lo que no cuentan, la causa de su derrota, saboreada como dulce en la primera ocasión, doblemente amarga en la segunda. Lo fue porque perdieron en mala lid, desangrados en sus querellas internas. Pero lo fue además porque tras una racha de crecimiento con redistribución, vinieron las vacas flacas y ellos dieron la impresión de haberse quedado sin ideas con que alimentarlas. Escindida y errática la dirección, agotadas las propuestas que los llevaron al Gobierno, lo que se había aventurado como un breve paréntesis se convirtió en una marcha por el desierto. Y lo que fue peor, sin que apareciera nadie capaz de reconducir la situación infundiendo moral en aquellos ánimos decaídos.

El nuevo equipo, surgido como por arte de birlibirloque, optó por mirar hacia atrás sin ira, pero también sin compasión; no fueron vindicativos, pero no se dejaron llevar por la nostalgia. Sencillamente, miraron hacia los mayores como quien se inclina sobre un libro de historia, agradecieron los servicios prestados y evitaron un debate sobre las causas de la derrota, se limitaron a desplazar a los derrotados; siguieron su canto llano, sin aventurarse en

contrapuntos que, como Maese Pedro sabía, se suelen quebrar de sutiles.

Precisamente, es ese canto llano, sin bajos profundos ni agudos inalcanzables, lo que caracteriza el nuevo estilo tan celebrado de su jefe de fila. De Zapatero se podrá decir cualquier cosa menos que haya avanzado con prisas ni que haya retrocedido con estrépito en la tarea de hacerse con todo el cotarro. No es político de acelerón y marcha atrás, de despertar grandes expectativas y producir profundas decepciones, sino más bien de ir pasito a paso hacia un objetivo ahora más claro en lontananza y pronto al alcance de la mano: transmitir una impresión de sereno dominio mientras madura la fruta en el árbol.

¿Cómo lo ha conseguido? Pues jubilando a la anterior Ejecutiva y a todo lo que la rodeaba sin alharacas, pero sin contemplaciones; en este punto ha sido tan firme, aunque menos borde que sus mayores, que echaron a los viejos socialistas del exilio a puntapiés. Además, porque, a la vez que los jubilaba, no los discutía: habían escrito una página dorada de la historia del socialismo español, y punto; no sembró el camino de agravios, sólo de silenciosas retiradas. En fin, porque no empujó ni dio codazos para hacerse un sitio entre sus iguales, de modo que todo el mundo ha aceptado ese liderazgo tranquilo, demasiado reacio a zanjar cuestiones polémicas.

Así están las cosas a los 20 años del Lepanto y a los ya cerca de ocho del Trafalgar socialista: recompuestas las filas, su armada aparece de nuevo en orden de batalla, eufórica por la triunfal escaramuza de su jefe frente a un ministro balbuciente y un Gobierno perplejo. Sólo queda que, además de consolidar una jefatura, proponga también algunas ideas que remedien la sequía heredada de los suyos y la aridez sembrada por los contrarios, y, lo que sería el colmo, aclarara qué pretende hacer en tres o cuatro cuestiones fundamentales. Entonces, y si el PP no fuera capaz de salir del embrollo en que la renuncia desastrosamente administrada de su presidente le ha metido, tendríamos pronto un escenario donde, por el lado izquierdo, de pie, un personaje principal anuncia con aplomo un futuro, si no radiante, sí al menos despejado, mientras por la derecha, sentados en penumbra, cuatro segundones alrededor de una mesa camilla esperan la llegada de un crupier al que se le ha parado el reloj antes de repartir las cartas.